

Pedro Páramo

Relectura de una novela sesentona

Antonio Herrero Serrano, L.C.

Profesor de humanidades clásicas en el Centro de estudios humanísticos de los Legionarios de Cristo en Monterrey.

Juan Rulfo (1918-1986) es el escritor mexicano que abre el despertar y el auge —el llamado *boom*— de la novela hispanoamericana de la segunda mitad del siglo XX. Pocas veces se ha dado en la literatura que un escritor de poco más de doscientas páginas haya construido una obra magistral y señera, a la par que haya abierto para otros una estela tan fecunda.

En 1953 escribió *El llano en llamas*, quince cuentos, casi todos publicados antes en revistas literarias. En ellos se anuncia ya el mundo que va a construir para *Pedro Páramo*: aldeas llenas de abusos y de prepotencia, desoladas muchas de ellas, y todas saturadas de infelicidad como consecuencia indeseada de la Revolución Mexicana.

Dos años más tarde dio a luz su obra cumbre: *Pedro Páramo*. Novelita que, con poco más de ciento cincuenta páginas, estaba llamada a convertirse en una de las mejores novelas del siglo XX en la literatura castellana. En este 2015 cumple sesenta años.

1. Argumento de la novela¹

El relato se ambienta en Comala, población del estado mexicano de Jalisco. Las coordenadas históricas sitúan a Comala en los años de la Revolución Mexicana, a cuyas revueltas se alude en el texto. Esa aldea se encuentra, quiéralo ella o no, dominada por un cacique, Pedro Páramo, que dispone de los cuerpos y de las almas de sus moradores, sobre todo de las

¹ En las referencias sigo esta edición: J. RULFO, *Pedro Páramo*, Fondo de Cultura Económica, México, D.F. 1981, 2ª. ed., revisada por el autor. El primer número indica el párrafo o fragmento en numeración corrida, aunque, en la versión citada, la separación de párrafos sólo se marca con un pequeño cuadro; el segundo número remite a la página.

mujeres, así como de las tierras. Su hijo Miguel ha salido a su padre en prepotencia y donjuanismo.

Son ellos, sobre todo el padre, los protagonistas de Comala y, por ende, de la novela. Pero su papel aparece un tanto velado, casi supuesto, particularmente en la primera mitad de la novela.

Todo este escenario del pueblo jalisciense y de sus habitantes, con sus glorias y miserias, lo evoca, desde el comienzo, Juan Preciado, a quien su madre, Dolores o Doloritas, en trance de muerte, encareció ir a Comala para conocer a Pedro Páramo, su padre.

Damiana Cisneros —un ánima más del pueblo— se lo fotografía así al recién llegado:

“— Este pueblo está lleno de ecos. Tal parece que estuvieran encerrados en el hueco de las paredes o debajo de las piedras. Cuando caminas, sientes que te van pisando los pasos. Oyes crujidos. Risas. Unas risas ya muy viejas, como cansadas de reír. Y voces ya desgastadas por el uso. Todo eso oyes. Pienso que llegará el día en que estos sonidos se apaguen”.

Eso me venía diciendo Damiana Cisneros mientras cruzábamos el pueblo»: §25,54.

El lector sabe ya que Damiana Cisneros fue quien cuidó a Juan Preciado de niño (cf. 18,44).

Va a ser Eduviges, amiga de Doloritas, quien informe a Juan Preciado de cómo don Pedro conquistó fácilmente a su madre, por más que ella lo odiara (cf. § 9, 22-28).

Comala nos traslada, por tanto, a un mundo mitológico mestizo en el que la frontera entre vida y muerte casi no existe. Los difuntos comparten la existencia con los que parecen vivos, y éstos dan la impresión de estar más muertos que vivos. Al final, el lector se convence de que toda Comala es un camposanto, aunque con reacciones de vivos.

El relato de los hechos es con frecuencia una conversación amena entre difuntos, que van zurciendo poco a poco su pasado de vivos. Por ejemplo, Juan Preciado cuenta con viveza y agilidad los últimos instantes de su vida, en medio del misterio de Comala (cf. §36, 74) pero, a renglón seguido, es Dorotea, ya en la tumba, quien le cuenta que le enterraron (cf. §37,74-77).

El que al inicio de la novela parece un lugar de vivos, luego se va convirtiendo en un pueblo fantasmal en el que no vive nadie: ni Damiana Cisneros, ni siquiera Eduviges, amiga de Doloritas, que es quien proporciona al visitante más noticias sobre su madre, sobre Comala y sobre su déspota. Juan mismo, que ha llegado a Comala para rastrear y conocer a su muje-

riego padre, en realidad es un relator, en primera persona, pero ya difunto. Sólo hacia la mitad de la novela cuenta su muerte, desde la tumba. Prosigue a continuación la narración de la vida y personas del pueblo hasta llegar a la muerte de Pedro Páramo, con quien no puede nunca verdaderamente encontrarse, pues ya ha fallecido también.

Aun así, en ese pueblo fantasmal de ultratumba se remoja el realismo que un día cobraron los habitantes comalenses que bullían en las calles o salían a sus quehaceres: Damiana Cisneros, Eduviges, Dorotea, Fulgor Sedano...

2. Construcción del relato

El armazón de la novela rompe con el esquema tradicional de un planteamiento, un nudo de la acción y un desenlace, para dejar retazos, a veces ni siquiera hilvanados, que el lector tiene que coser, si desea reconstruir una narración progresiva. Efectivamente, el relato consta de setenta fragmentos que no siguen la sucesión lógica ni temporal de la trama, sino que la entretajan mezclando discrecionalmente las tres unidades del tiempo. Esta vertebración constructiva, de apariencia desordenada, hace más laboriosa, y a veces desconcertante, la lectura pero, a la vez, más llena de interés y de atención. El lector avanza y, de pronto, no sabe a qué viene lo que está leyendo; tiene que echar marcha atrás para atar el hilo con algún cabo suelto, pero no lo encuentra, pues no raramente el enganche y la aclaración le saldrá al encuentro más tarde o, simplemente, lo tendrá que construir imaginativamente él mismo.

Con todo, por mor de la claridad, se pueden distinguir dos partes de fondo narrativo: en la primera (§§ 1-37): relato de la historia de Juan Preciado; en la segunda (§§ 38-70): andanzas de Pedro Páramo, su padre. Aun así, estos rieles de la narración según los protagonistas se funden y confunden no pocas veces.

Si nos preguntamos la razón de una novela tan poco ortodoxa o, por lo menos, sorprendente en la sintaxis de su construcción, la hallaremos en la misma trama y en el ambiente: Comala es un pueblo fantasmal saturado de recuerdos, habitado por ánimas que aún deambulan como cuando moraban en sus cuerpos. Los espíritus no distinguen ni respetan ni el pasado ni el presente; tampoco se atienen a un orden de actuación. El tiempo en el que se efectúa la acción es relativo, como parecen serlo en Comala la vida y la muerte. Por eso, si el relato no se presenta estructurado lógicamente es porque, con el aparente desorden y entrecruzamiento de planos y tiempos,

le parece al autor respetar mejor el mundo confuso de la ultratumba que impera en la aldea y plasmarlo gráficamente.

Es como si Juan Rulfo tuviera en el bolsillo el código de su novela y el mapa perfecto de la trama, pero hubiera querido tijeretear el relato que nos ofrece y hubiera esparcido arbitrariamente los recortes tal como aparecen en la narración, para que luego el lector suelde los jirones de la trama para recomponer el código del escritor. Al ir juntando las piezas del rompecabezas, el lector va de sorpresa en sorpresa, que termina por recompensar el accidentado camino que le ha supuesto el relato. De haber elegido una narración lineal y lógica, la novela carecería, en buena medida, del elemento inesperado, cargado de interés y de misterio.

Mezcla de pasado y de presente, de muerte y vida... Permanente cruce de vías espaciotemporales. En una entrevista, preguntado sobre «cómo surgió la idea de *Pedro Páramo*», el autor ofrecía algunas pistas: «Empezó a nacer la idea de contar una historia en donde el tiempo y el espacio no existieran. Entonces, para eso pensé, es decir, creí que lo mejor sería utilizar muertos, un pueblo muerto, con todos los personajes muertos»².

3. Personajes

Recojo a continuación los personajes mejor retratados en la obra, tanto los masculinos como los femeninos.

Pedro Páramo

Entre los varones, destaca el cacique que da nombre al relato. Pedro Páramo es «un rencor vivo» para el arriero, Abundio, que conversa con el viajero llegado a Comala (cf. §2,10).

«Embaucador embustero» lo llama Eduviges (cf. §9,25).

Fulgor Sedano, su mayordomo, se queda admirado de lo artero que se ha vuelto su señor, sobre todo por la maña con que conquista a Doloritas (cf. más abajo):

«“¿De dónde diablos habrá sacado esas mañas el muchacho?”—pensó Fulgor Sedano, mientras regresaba a la Media Luna—. Yo no esperaba de él nada. “Es un inútil”, decía de él mi difunto patrón don Lucas. “Un flojo de marca”. Yo le daba la razón”»: §21,49.

² S. FUENTES, *Juan Rulfo*. Inframundo. En C. FELL (Coord.), *Juan Rulfo. Toda la obra*, 473. ALLCA, Universidad de Costa Rica, Madrid 1997, 2ª. ed.

Malo. «Es, según yo sé, la pura maldad. Eso es Pedro Páramo»: §46,108. De ese modo, Bartolomé San Juan retrata ante su hija Susana (cf. abajo) a Pedro Páramo. Bartolomé sufrirá en las minas de la Andrómeda las consecuencias de la crueldad del patrón.

El pueblo es de él; y sus habitantes, lo mismo:

“Bueno, pues eso es la Media Luna de punta a cabo. Como quien dice, toda la tierra que se puede abarcar con la mirada. Y es de él todo ese terrenal. El caso es que nuestras madres nos malparieron en un petate aunque éramos hijos de Pedro Páramo. Y lo más chistoso es que él nos llevó a bautizar. Con usted debe haber pasado lo mismo, ¿no?”» —le dice el arriero don Abundio, a Juan Preciado: §2, 11.

Hasta el cura, el padre Rentería (cf. abajo) cree que es voluntad de Dios el que Pedro Páramo sea dueño de Comala (cf. §41, 93).

Despótico: la ley es él, y por eso puede quedarse con tierras que no son suyas:

«—¿Cuáles leyes, Fulgor? La ley de ahora en adelante la vamos a hacer nosotros»: §23,53.

Cruel: a Bartolomé San Juan, en realidad su suegro, no duda en mandarlo a las minas de la Andrómeda, para que allí muera alejado de Susana, su hija, y así no impida el amor en que Pedro la tiene (cf. §47,109).

Vengativo: por la muerte de su padre don Lucas en una boda a la que acudía como padrino, Pedro mató por parejo a casi todos los asistentes a esas nupcias, doblemente bañadas en sangre (cf. §43,102); verdaderas *bodas de sangre*, por usar el título de la tragedia de García Lorca.

Donjuan obstinado. Obliga a las mujeres, o éstas se doblegan ante él con el orgullo de ser las amantes del hombre más influyente del pueblo. Cuando son subyugadas contra su voluntad, terminan por alegrarse de ello. Incluso, aunque aparenten no desear su amor, pueden sentirse molestas cuando no han sido elegidas para gozarlo. Juan Rulfo capta este rasgo psicológico: en la mujer es a veces más fuerte la vanidad que la propia dignidad.

Enamorado sobre todo de Susana San Juan, la única creatura que lo aleja del reino de la crueldad de los instintos para trasladarle al de la ternura humana de los sentimientos: «—¿Sabías, Fulgor (le dice a su capataz), que ésa es la mujer más hermosa que se ha dado sobre la tierra?»: §47,109.

Él creía conocerla. Y aun cuando no hubiera sido así, ¿acaso no era suficiente saber que era la criatura más querida por él sobre la tierra? Y que además, y esto era lo más importante, le serviría para irse de la vida alumbrándose con aquella imagen que borraría todos los demás recuerdos: §52,122.

Hasta los chismorreos de las mujeres del pueblo reconocen, a la muerte de Susana, que el cacique la amaba:

Buen castigo ha de haber soportado Pedro Páramo casándose con esa mujer.

– Pobre del señor don Pedro.

– No, Fausta. Él se lo merece. Eso y más»: §63,142.

Tres días sonaron las campanas atronadoramente en señal de duelo (cf. §66,148), sin duda porque don Pedro se lo impuso al padre Rentería.

Inesperadamente para don Pedro, el pueblo transformó el duelo en fiesta pues, llamadas por las campanas, venían gentes de otros lugares, sobre todo de Contla. Llegaron los músicos y hasta un circo (cf. §66,149).

Don Pedro no perdonó a Comala esa reacción: que mientras enterraban a su querida Susana, el pueblo estuviera de fiesta:

Enterraron a Susana San Juan y pocos en Comala se enteraron. Allá había feria. Se jugaba a los gallos, se oía la música; los gritos de los borrachos y de loterías [...]. Don Pedro no hablaba. No salía de su cuarto. Juró vengarse de Comala.

– Me cruzaré de brazos y Comala se morirá de hambre.

Y así lo hizo: §66,149.

La muerte de su hijo Miguel parece conducirle a la reflexión sobre la trayectoria de su vida: «Estoy comenzando a pagar. Más vale empezar temprano, para terminar pronto»: §40,88.

Pero, sorprendentemente, será otro de sus hijos, Abundio Martínez, quien lo mate. Aquel arriero sordo (cf. §9,23) del inicio de la novela, que indicaba a un recién conocido hermano suyo –uno más–, Juan Preciado, la referencia de Eduviges para moverse por Comala, aparece en las últimas páginas. Si bien, en el pórtico de la novela, «el bueno de Abundio» –como lo caracteriza Eduviges (§9,22)– llamaba «un rencor vivo» (§2,10) al que poco antes acaba de reconocer como padre –«Yo también soy hijo de Pedro Páramo»: §2,10–, el lector no barruntaba que ese rencor que le suscita su padre le llevara a quererlo matar y a perpetrar de hecho el parricidio.

A Abundio se le ha muerto su esposa, la Refugio –su Cuca–, y quiere curarse la pena con alcohol (cf. §69,153). Inmediatamente acude a casa de

Pedro Páramo «para pedir una ayudita para enterrar a mi muerta» (§69,155). Sordo —recuerda el relato (cf. §69,152), como para que tendamos el puente y lo identifiquemos con el arriero del inicio— y, además, inconsciente por el alcohol, Abundio —«buena gente», remacha Eduviges (cf §9,23)— acaba a cuchilladas con su padre. El crimen no lo describe la novela, pero lo deja más que descubierto al referirse al cuchillo lleno de sangre o a las manos ensangrentadas (cf. §69,157,159).

Miguel Páramo

El hijo predilecto de Pedro, de la misma pasta que él: mujeriego, prepotente.

Ya se lo advertía Fulgor Sedano a don Pedro, su padre: «¡Ese muchacho! Igualito a su padre; pero comenzó demasiado pronto»: §38,82.

«—Miguel le dará muchos dolores de cabeza, don Pedro. Le gusta la pendencia. — Déjalo moverse. Es apenas un niño. ¿Cuántos años cumplió? Tendrá diecisiete. ¿No, Fulgor?
— Puede que sí»: §38,83.

Mató al hermano del padre Rentería (cf. abajo) y violó a Anita, su sobrina, quien cuenta a su tío que fue cuando vino a pedirle a ella perdón por la muerte de su propio padre (§15,37-38).

Con todo, había sido el padre Rentería quien lo llevó, recién nacido, a don Pedro, pues su madre había fallecido en el parto.

Muere muy joven, arrollado por el Colorado, cuando hizo que ese caballo saltara un lienzo de piedra: §12,30-31.

Tan mujeriego fue que hasta después de muerto corrían estos rumores por Comala:

Al rato llegaron más chismes de Contla. Los trajo la última carreta.
— Dicen que por allá anda el ánima. Lo han visto tocando la ventana de fulanita. Igualito a él. De chaparreras y todo.
— ¿Y usted cree que don Pedro con el genio que se carga, iba a permitir que su hijo siga traficando viejas? Ya me lo imagino si lo supiera: “Bueno - le diría-. Tú ya estás muerto. Estáte quieto en tu sepultura. Déjanos el negocio a nosotros”. Y de verlo por ahí, casi me las apuesto que lo mandaría de nuevo al camposanto.
— Tienes razón, Isaías. Ese viejo no se anda con cosas: §16,39.

Juan Preciado

El hijo de Dolores Preciado y de Pedro Páramo. Es el viajero que llega a Comala para cumplir el encargo y testamento de su madre: «—No vayas a pedirle nada. Exígele lo nuestro. Lo que estuvo obligado a darme y nunca me dio... El olvido en que nos tuvo, mi hijo, cóbraselo caro»: §1,7.

En esa búsqueda de don Pedro, y como albacea de la última voluntad de su madre, encuentra la muerte en Comala, después de pasar varias noches en la casa de Donis y Dorotea, a la vez hermanos y esposos: §37,74, apunte de la degradación moral del pueblo.

El ahogo físico —provocado también por el cuerpo pútrido de Dorotea (cf. §36,74)— y el ahogo moral de una ilusión sofocada, la de encontrar a su padre don Pedro, termina por matarlo.

Dorotea comienza en estos términos el diálogo de muertos con Juan:

¿Quieres hacerme creer que te mató el ahogo, Juan Preciado» (§37,74). Y un poco más adelante asegura y pregunta:

«—Mejor no hubieras salido de tu tierra. ¿Qué viniste a hacer aquí?»

Juan responde:

«—Ya te lo dije en un principio. Vine buscar a Pedro Páramo, que según parece fue mi padre. Me trajo la ilusión».

Dorotea le hace ver: «—¿La ilusión? Eso cuesta caro. A mí me costó vivir más de lo debido»: §37,77.

Juan Preciado es el hijo bueno de Pedro Páramo, el reverso de Miguel y de Abundio, a pesar de la supuesta bondad que a éste le atribuye Eduvigés. El único hijo bueno suyo que se asoma a las páginas rulfianas.

El padre Rentería

El cura de Comala que conoce, por la confesión, las andanzas de Pedro Páramo.

Pero, en la práctica, sumiso a él, como todo el pueblo, y en connivencia con el prepotente: «Dicen que las tierras de Comala son buenas. Es lástima que estén en manos de un solo hombre. ¿Es Pedro Páramo aún el dueño, no?», le pregunta al de Comala el cura de Contla. A lo que el padre Rentería responde: «Así es la voluntad de Dios»: §41,93.

Sin embargo sufre, como todos, la prepotencia de los Páramo, sobre todo la de Miguel, pues mató a su hermano y violó a su sobrina Ana, como

sabemos. Al mismo padre Rentería le faltó frecuentemente al respeto: §14,35.

Pedro Páramo, acabado el funeral de su hijo, pide al padre Rentería que lo perdone, a pesar de la vida desastrada de su hijo:

«—Yo sé que usted lo odiaba, padre. Y con razón. El asesinato de su hermano, que según rumores fue cometido por mi hijo, el caso de su sobrina Ana, violada por él según el juicio de usted; las ofensas y falta de respeto que le tuvo en ocasiones, son motivos que cualquiera puede admitir».

Y añade para concluir: «Pero olvídense ahora, padre. Considérelo y perdónelo como quizá Dios lo haya perdonado»: §14,36.

Don Pedro ha dejado, con esas palabras, un puñado de monedas de oro en el reclinatorio donde reza el cura. ¿Perdonará el padre Rentería a Miguel? Por lo pronto, esta vez el dinero parece moverle mucho menos que el resentimiento.

El padre Rentería recogió las monedas una por una y se acercó al altar. Son tuyas —dijo—. Él puede comprar la salvación. Tú sabes si éste es el precio. En cuanto a mí, Señor, me pongo ante tus plantas para pedirle lo justo o lo injusto, que todo nos es dado pedir... Por mí condénalo, Señor: *ib.*

Sí. Eso en lo que depende de él. Recia y desabrida oración y, a fe, propia del hombre, no del sacerdote. Pero, en seguida el sacerdote se impone al hombre. Al final Dios es el que vence: «Y cerró el sagrario. Entró en la sacristía, se echó en un rincón, y allí lloró de pena y de tristeza hasta agotar sus lágrimas. — Está bien, Señor, tú ganas —dijo después»: *ib.*

Termina por perdonarle (cf. §15,38), a la vez que reconoce su culpa: «“Todo esto que sucede es por mi culpa —se dijo—. El temor de ofender a quienes me sostienen”»: §17,40.

El cura confiesa así su servilismo a don Pedro. La noche en que murió Miguel, no pudo dormir. Al alba se fue a Contla para hacer confesión general con el cura, que no quiso perdonarle: §41,90-93. Iba como cadáver. Cuando en el camino a Contla le preguntaban: «—¿Ha muerto alguien en Contla, padre?

Hubiera querido responderles: “Yo. Yo soy el muerto”. Pero se conformó con sonreír»: §41,91.

Recuerda que, por su culpa, Pedro Páramo se fue engrandeciendo y jamás se acusó de sus pecados en la confesión; aunque las víctimas sí confesaban el pecado de condescender con él. Pero, sobre todo, el padre Ren-

tería se duele de haber prolongado la maldad de don Pedro en su hijo Miguel.

“El asunto comenzó —pensó— cuando Pedro Páramo, de cosa baja que era, se alzó a mayor. Fue creciendo como una mala yerba. Lo malo de esto es que todo lo obtuvo de mí: §41,89.

Siempre esperé que él viniera a acusarse de algo; pero nunca lo hizo. Y después estiró los brazos de su maldad con ese hijo que tuvo. Al que él reconoció, sólo Dios sabe por qué. Lo que sí sé es que yo puse en sus manos ese instrumento”: §41,89.

Por eso, sobre la conciencia, el padrecito lleva el duro peso de ser un hombre malo.

Se levantó y fue hacia la puerta.

— ¿Adónde va usted, tío?

Su sobrina Ana, siempre presente, siempre junto a él, como si buscara su sombra para defenderse de la vida.

— Voy a ir un rato a caminar, Ana. A ver si así reviento.

— ¿Se siente mal?

— Mal no, Ana. Malo. Un hombre malo. Eso siento que soy: §41,94.

Apegado al dinero, hasta el punto de no atender debidamente a María Dyada, cuando vino a rogarle por su hermana Eduviges que, despechada de todos, se iba a suicidar, como de hecho pasó. El sacerdote no se resolvió a aplicarle las misas gregorianas, porque María no tenía dinero para pagárselas: §17,41-42.

Como contraste, por setenta pesos y una mesa nueva para su comedor, omite las amonestaciones para la boda de don Pedro Páramo con Dolores Preciado: §23,52.

Duro con sus fieles: a Dorotea que, como sabemos, vive en incesto con su hermano Donis, le asegura que no verá la gloria del cielo: §39,85.

En la revolución mexicana se levanta en armas como sublevado a favor de los cristeros (cf. §67,150), aunque por eso descuida a sus fieles incluso moribundos (cf. §69,153).

Dolores Preciado, «Doloritas»

Su amiga Eduviges Dyada la evoca emotivamente ante Juan Preciado. Insiste en el rasgo de sus bellos ojos, que tanto encandilaran a Pedro Páramo: «Claro que entonces éramos unas chiquillas. Y ella estaba apenas recién casada. Pero nos queríamos mucho. Tu madre era tan bonita, tan,

digamos, tan tierna, que daba gusto quererla»: §5,16. «“Tu madre en ese tiempo era una muchachita de ojos humildes. Si algo tenía bonito tu madre eran los ojos. Y sabían convencer”»: §9,25.

Don Pedro pide su mano ante todo por razones económicas, aunque aduzca el motivo de la belleza de sus ojos.

Efectivamente, cuando don Fulgor Sedano, mayordomo de don Pedro, acude a hacerle saber que está endeudado principalmente con las hermanas Preciado, don Pedro solicita la mano de Dolores, para compensar esas deudas (cf. §20,48-49).

«Le dirás que estoy muy enamorado de ella. Y que si lo tiene a bien» (§20,48). «Le dirás a Lola esto y lo otro y que la quiero. Eso es importante. De cierto, Sedano, la quiero. Por sus ojos ¿sabes?»: §20,49.

Dolores —todo embeleso femenino ante el gran don Pedro— se siente dichosa cuando Fulgor Sedano le anuncia la intención de don Pedro de solicitarla por esposa:

«Fue muy fácil encampanarse a la Dolores. Si hasta le relumbraron los ojos y se le descompuso la cara.

—Perdóneme que me ponga colorada, don Fulgor. No creí que don Pedro se fijara en mí.

— No duerme, pensando en usted.

— Pero si él tiene de dónde escoger. Abundan tantas muchachas bonitas en Comala.

¿Qué dirán ellas cuando lo sepan?

—Él sólo piensa en usted, Dolores. De ahí en más, en nadie»: §22,50-51.

Y ya a solas, cuando Fulgor ha traspuesto, comenta: «“¡Qué felicidad! ¡Oh qué felicidad! Gracias, Dios mío, por darme a don Pedro”» (§22,52).

Y el presentimiento de la tristeza venidera queda escrito a continuación como profecía: «Y añadió: “Aunque después me aborrezca”» (*ib.*).

En la noche de su boda con don Pedro, no quiere acercarse a él por el pronóstico de un tal Inocencio Osorio, que le dijo que «esa noche no debía repegarse a ningún hombre, porque estaba brava la luna»: §9,25. Además ella estaba en la menstruación. Por eso, Dolores convence a Eduviges para que sea ella quien pase la noche con don Pedro. Su amiga accede: §9,25. Desconcertante, pero no tanto en Comala.

Por eso confiesa a Juan Preciado: «Pues sí, yo estuve a punto de ser tu madre»: §9,22. Al año nace Juan: cf. §9,26.

La alegría de verse esposa del hombre más poderoso de Comala, tarda poco en convertirse en odio: «Ella siempre odió a Pedro Páramo» (§9, 26), por su prepotencia con ella. Se presentó, efectivamente, el odio anunciado, que era, como se ve, mutuo: «Aunque después me aborrezca» (§22,52).

Cansada de don Pedro, decidió despedirlo e irse a vivir con su hermana Gertrudis (cf. §9,27), sin que el tirano se inmutara.

Pedro dará posteriormente a Ediviges las razones de su actitud hacia Doloritas:

«Yo le pregunté muchos meses después a Pedro Páramo por ella.

“— Quería más a su hermana que a mí. Allá debe estar a gusto. Además ya me tenía enfadado. No pienso inquirir por ella, si es eso lo que te preocupa.

“—¿Pero de qué vivirán?

“— Que Dios los asista» (§9,27).

Y se entiende ahora en toda su densidad la queja con la que Doloritas, moribunda, dio a su hijo el encargo de ir a Comala: «El abandono en que nos tuvo, mi hijo, cóbraselo caro»: §1,7; §9,27.

Cuando Damiana Cisneros pregunta a Juan Preciado por su madre, éste le responde que murió. Damiana inquiere la causa; a lo que Juan responde: «—No supe de qué. Tal vez de tristeza. Suspiraba mucho»: §25,56.

Damiana responde: «—Eso es lo malo. Cada suspiro es como un sorbo de vida del que uno se deshace»: §25,56.

Ediviges Dyada

Muy amiga de Dolores. Le hizo la promesa «de irnos las dos para darnos ánimo una a la otra en el otro viaje, por si se necesitara, por si acaso encontráramos alguna dificultad. Éramos muy amigas. ¿Nunca le habló de mí? — No, nunca»: §5,16.

Confiesa al protagonista que quería mucho a su madre y que era muy bella: «Nos queríamos mucho. Tu madre era tan bonita, tan, digamos, tan tierna, que daba gusto quererla. ¿De modo que me lleva ventaja, no? Pero ten la seguridad de que la alcanzaré»: §5,16.

También le añade algo que el lector ya conoce: esto —inada menos!—: que «“El hijo de Dolores debió haber sido mío”»: §5,17.

Juan Preciado describe a Ediviges. Es un cadáver viviente.

Se sabrá más adelante, por el recuerdo angustiado de don Rentería el cura, que de hecho se suicidó: §17,41.

Refiere ella a Juan cómo un tal Inocencio Osorio abusó de ella —al igual que de Doloritas, madre de Juan— con el pretexto de curarla, pues trabajaba como «amansador»: §9,24.

Le cuenta también lo ya referido: cómo sustituyó a su madre Doloritas, que estaba menstruando, para acostarse con don Pedro en la misma noche de la boda.

Mientras habla con Juan, recuerda y evoca a Miguel Páramo: ella había sido su amante, hasta que éste encontró otra novia. Miguel iba todas las noches a hablar con su novia, pero antes pasaba por la casa de Eduviges. Allí le dice que ha saltado con el caballo *Colorado* una barda y luego sólo hay humo. Eduviges comprende que le anuncia que ha muerto (cf. §12,30-31).

Amable con todos

Según el testimonio de su hermana ante el padre Rentería, doña Eduviges sirvió a todos, les ofreció su hospitalidad en la fonda y les dio todo lo que tuvo —hasta un hijo— a todos:

Y se lo puso enfrente para que alguien lo reconociera como suyo; pero nadie lo quiso hacer. Entonces les dijo: “En ese caso yo soy también su padre, aunque por casualidad haya sido su madre”. Abusaron de su hospitalidad por esa bondad suya de no querer ofenderlos ni de malquistarse con ninguno: §17,41.

Doña Eduviges pregunta a Juan, antes de dejarlo, para que duerma: «¿Has oído alguna vez el quejido de un muerto?— me preguntó a mí. — No, doña Eduviges. — Más te vale»: §13,32.

En una pausa del mal dormir de esa noche, oye precisamente un grito cerca: «¡Ay vida, no me mereces!», y un poco después: «¡Déjenme aunque sea el derecho de pataleo que tienen los ahorcados!»: §18,43.

Tras ese segundo grito, entra a la habitación no Eduviges, sino Damiana Cisneros. «Pobre Eduviges. Debe de andar penando todavía», dice Damiana al protagonista, recordando el suicidio de Eduviges: §18,45.

Susana San Juan

La amante más querida de Pedro Páramo, pero más misteriosa: «—¿Sabías, Fulgor, que ésa es la mujer más hermosa que se ha dado sobre la tierra?»: §47,109.

Él creía conocerla. Y aun cuando no hubiera sido así, ¿acaso no era suficiente saber que era la criatura más querida por él sobre la tierra? Y que además, y esto era lo más importante, le serviría para irse de la vida alumbrándose con aquella imagen que borraría todos los demás recuerdos.

¿Pero cuál era el mundo de Susana San Juan? Ésa fue una de las cosas que Pedro Páramo nunca llegó a saber: §52,122.

Justina la crió desde que nació (cf. §48,114) y es quien le da la noticia de la muerte de su padre en La Andrómeda, minas a las que le había confinado Pedro Páramo (cf. §49, 115).

Susana verifica entonces que el gato —superstición de por medio o no— que durante dos noches quiso a todo trance estar con ella le anunciaba la muerte de su padre (cf. §48,113; §49,115).

Antes había sido también Justina quien ayudó a Susana para disponer el velatorio y el entierro de su madre (cf. §42,98-100).

A pesar del amor que le profesa don Pedro, parece que ella no se siente feliz con él, y suspira por un tal Florencio (cf. §57, 128-129), incluso en su agonía (cf. §62,142).

Este personaje no aparece ninguna vez como ser real en la geografía de Comala. Posiblemente era un amor platónico de Susana.

Mujer enfermiza y que ha sufrido mucho en la vida, reconocen las mujeres del pueblo, evocando también quizá la muerte de su padre. Por eso, no quieren que, ya en trance de muerte, se vea privada de la confesión por avisar tarde al padre Rentería (cf. §63,143).

En su agonía está a su lado Justina, quien la había asistido de niña. Junto a ella, Susana abre y cierra su paréntesis vital.

Don Pedro la ve retorcerse de dolor y se despide de ella (cf. §63,142).

Cuando el padre Rentería ha ido a conversar con Susana, ya «in extremis», ésta le dice al oído frases lúgubres, cadavéricas, espantosas (cf. §64,144-145): «Tengo la boca llena de tierra» [...]: §64,145.

Trago saliva espumosa; masticó terrones plagados de gusanos que se me anudan en la garganta y raspan la pared del paladar... Mi boca se hunde, retorciéndose en muecas, perforada por los dientes que la taladran y devo-

ran. La nariz se reblandece. La gelatina de los ojos se derrite. Los cabellos arden en una sola llamarada...: §64, 145.

Visiones de ella poco antes de morir: de Dios, de los ojos de Dios, la luz del infinito...:

—Aún falta más —dice el padre Rentería queriendo interpretar lo que está viendo Susana moribunda—. La visión de Dios. La luz suave de su cielo infinito. El gozo de los querubines y el canto de los serafines. La alegría de los ojos de Dios, última y fugaz visión de los condenados a la pena eterna. Y no sólo eso, sino todo conjugado con un dolor terrenal. El tuétano de nuestros huesos convertido en lumbre y las venas de nuestra sangre en hilos de fuego, haciéndonos dar reparos de increíble dolor, no menguando nunca, atizado siempre por la ira del Señor”: § 64,145-146.

Pero, de pronto, la agonizante se incorpora para pedir a Justina que se vaya a llorar a otra parte. Inmediatamente después, muere: §64,147. Sabemos ya cuál fue la reacción de Comala y la de don Pedro por la muerte de Susana.

4. Estilo de la novela

Vigoroso y conciso, pero, a la vez, de gran belleza.

Rulfo manifestó en 1991 que la obra tenía el doble de páginas, pero afirma que suprimió lo sobrante: «Eliminé toda divagación, y borré completamente las intromisiones del autor»³.

Se trata de una obra muy trabajada en el troquel de la corrección. «Maestro en escribir y en saber no escribir más», como lo retrata José María Valverde⁴. Se puede decir que la obra responde a aquel ideal de equilibrio y moderación que prescribía el mundo grecolatino: «Ne quid nimis». En el caso de Rulfo, queda muy atinada esta sentencia griega: «Libro grande, mal grande»⁵. En nuestro contexto castellano, podríamos traer a cuento el muy

³ En la citada entrevista sobre Pedro Páramo, Sylvia Fuentes le pregunta: —¿Lo has leído nuevamente? Rulfo le responde: «Pues no. Últimamente no lo he leído, pero sí al principio; lo leí dos o tres veces para tratar de corregir los borradores que hacía. Qité muchísimo de la novela. La novela tenía más de 200 páginas, 250 páginas». E indica a continuación la causa de ese adelgazamiento del texto: «porque la tendencia del novelista es hacer elucubraciones, meter sus propias ideas, sus propias filosofías, sus conceptos, o divagar, llenar los espacios vacíos con divagaciones. Entonces, yo quise aquí zafar al autor y dejar a los personajes» (*Ib.*).

⁴ *Historia de la Literatura Universal*, vol. 10, pg 287. Bansa Planeta, 2003, 7ª.

⁵ Se atribuye al poeta Calímaco de Cirene (siglo III a. C.), fr. 465 Pfeiffer.

popular aforismo de Baltasar Gracián: «Lo bueno, si breve, dos veces bueno»⁶.

Señalo algunos logros más relevantes, a mi entender.

Descripciones

De paisajes:

Con ellos, el novelista cuelga ante el lector la ambientación del escenario. Son descripciones rápidas, nerviosas incluso, pero de datos muy bien seleccionados. Estamos muy lejos de la prolijidad empalagosa con que describían los lugares no pocos de los novelistas del realismo decimonónico.

Destacan los paisajes de Comala.

Son dos, en realidad, las Comalas del relato:

La Comala que Dolores Preciado da a su hijo. Una Comala de nostalgia, idealizada por la distancia geográfica y de los años, que Juan tiene en su mente y sus ojos al llegar a Comala: «Traigo los ojos con que ella miró estas cosas, porque me dio sus ojos para ver» (§2,8).

En ciertos tramos de su andar por el pueblo, los ojos de Juan parecen cerrarse para considerar si lo que recogen coincide con esa fotografía, idílica muchas veces, que su madre le trazó.

– «Hay allí, pasando el puerto de Los Colimotes, la vista muy hermosa de una llanura verde, algo amarilla por el maíz maduro. Desde ese lugar se ve Comala, blanqueando la tierra, iluminándola durante la noche»: §2,8.

– «...Llanuras verdes. Ver subir y bajar el horizonte con el viento que mueve las espigas, el rizar de la tarde con una lluvia de triples rizos. El color de la tierra, el olor de la alfalfa y del pan. Un pueblo que huele a miel derramada...»: §9,26.

– «“...Todas las madrugadas el pueblo tiembla con el paso de las carretas. Llegan de todas partes, copeteadas de salitre, de mazorcas, yerba de pará. Rechinan sus ruedas haciendo vibrar las ventanas, despertando a la gente. Es la misma hora en que se abren los hornos y huele a pan recién horneado. Y de pronto puede tronar el cielo. Caer la lluvia. Puede venir la primavera. Allá te acostumbrarás a los 'derrepentes', mi hijo.”»: §30,60.

– «“Allá hallarás mi querencia. El lugar que yo quise. Donde los sueños me enflaquecieron. Mi pueblo, levantado sobre la llanura. Lleno de árboles y de hojas, como una alcancía donde hemos guardado nuestros recuerdos. Sentirás que allí uno quisiera vivir para la eternidad. El amanecer; la ma-

⁶ *Oráculo manual y arte de prudencia*, § 105.

ñana; el mediodía y la noche, siempre los mismos; pero con la diferencia del aire. Allí donde el aire cambia el color de las cosas; donde se ventila la vida como si fuera un murmullo; como si fuera un puro murmullo de la vida...”«»: §37,75.

Se nos quedan retumbando en la mente, sonoras, algunas de esas frases rítmicas y onomatopéyicas al empuje de las aliteraciones:

«...el rizar de la tarde con una lluvia de triples rizos [...]. Un pueblo que huele a miel derramada [...]. Allí donde el aire cambia el color de las cosas; donde se ventila la vida como si fuera un murmullo....».

Poesía en prosa. Belleza.

La Comala verdadera, la que pisa Juan en su deambular por el misterio del pueblo, es la segunda.

La que han pateado los muertos de Comala, que vale tanto como decir todos sus habitantes.

La que pisa Juan y la que pisaron ellos coinciden entre sí. Son la única Comala, pero chirría a cada instante con la ensoñadora que ha guardado en el recuerdo tal como se la describió su madre.

Abundio, el arriero sordo del inicio, es el primero en bajarle a realidad con un lenguaje incisivo en sus imágenes hiperbólicas y su gracejo de hombre curtido:

«—Hace calor aquí —dije.

— Sí, y esto no es nada —me contestó el otro—. Cállese. Ya lo sentirá más fuerte cuando lleguemos a Comala. Aquello está sobre las brasas de la tierra, en la mera boca del infierno. Con decirle que muchos de los que allí se mueren, al llegar al infierno regresan por su cobija»: §2,10.

Bartolomé San Juan, el padre de Susana, comenta a su hija que don Pedro la pretende y tienen que ir a Comala. Así se la pinta:

«— Hay pueblos que saben a desdicha. Se les conoce con sorber un poco de su aire viejo y entumido, pobre y flaco como todo lo viejo. Éste es uno de esos pueblos, Susana.

“Allá, de donde venimos ahora, al menos te entretenías mirando el nacimiento de las cosas: nubes y pájaros, el musgo, ¿te acuerdas? Aquí en cambio no sentirás sino ese olor amarillo y acedo que parece destilar por todas partes. Y es que éste es un pueblo desdichado; untado todo de desdicha»: §46,106.

Llama la atención cómo describe Susana el paisaje de Comala; aquí también la Comala de ensueño:

Pienso cuando maduraban los limones. En el viento de febrero que rompía los tallos de los helechos, antes que el abandono los secara; los limones maduros que llenaban con su olor el viejo patio. El viento bajaba de las montañas en las mañanas de febrero. Y las nubes se quedaban allá arriba en espera de que el tiempo bueno las hiciera bajar al valle; mientras tanto dejaban vacío el cielo azul, dejaban que la luz cayera en el juego del viento haciendo círculos sobre la tierra, removiendo el polvo y batiendo las ramas de los naranjos. Y los gorriones reían; picoteaban las hojas que el aire hacía caer, y reían; dejaban sus plumas entre las espinas de las ramas y perseguían a las mariposas y reían. Era esa época. En febrero, cuando las mañanas estaban llenas de viento, de gorriones y de luz azul.

Me acuerdo. Mi madre murió entonces: §42,97-98.

Ése es un cuadro descrito ipor una difunta a otra difunta, a Justina, su no-driza!

La noche y la luna las pinta así Juan Rulfo:

«Faltaba mucho para el amanecer. El cielo estaba lleno de estrellas, gordas, hinchadas de tanta noche. La luna había salido un rato y luego se había ido. Era una de esas lunas tristes que nadie mira, a las que nadie hace caso. Estuvo un rato allí desfigurada, sin dar ninguna luz, y después fue a esconderse detrás de los cerros. Lejos, perdido en la oscuridad, se oía el bramido de los toros»: §60,134.

Y el amanecer queda perfeñado con estos rasgos impresionistas:

«En el comienzo del amanecer, el día va dándose vuelta, a pausas; casi se oyen los goznes de la tierra que giran enmohecidos; la vibración de esta tierra vieja que vuelca su oscuridad»: §62,139.

De personas:

Su descripción ayuda a recortar mejor los caracteres de la novela, algunos ya reseñados en estas líneas.

Eduviges:

«Sin dejar de oírla, me puse a mirar a la mujer que tenía frente a mí. Pensé que debía haber pasado por años difíciles. Su cara se transparentaba como si no tuviera sangre, y sus manos estaban marchitas; marchitas y apretadas de arrugas. No se le veían los ojos. Llevaba un vestido blanco muy antiguo, recargado de holanes, y del cuello, enhilada en un cordón, le colgaba una María Santísima del Refugio con un letrero que decía: “Refugio de pecadores”»: §9,23.

Dorotea:

«El cuerpo de aquella mujer hecho de tierra, envuelto en costras de tierra, se desbarataba como si estuviera derritiéndose en un charco de lodo. Yo me sentía nadar entre el sudor que chorreaba de ella y me faltó el aire que se necesita para respirar. Entonces me levanté. La mujer dormía. de su boca borbotaba un ruido de burbujas muy parecido al del estertor»: §36,74.

Retratos ásperos, aguafuertes vivos, si no pergeñaran a difuntos. Se antoja que no es fácil encontrar en la literatura en lengua española descripciones tan cercanas a la pintura surrealista y expresionista.

Diálogos:

Vivos, espontáneos, con los giros propios de la gente de la zona.

Una muestra: Fulgor Sedano conversa con don Pedro Páramo (cf. §20,46-49). Frecuentes los mexicanismos:

«Dicen por ahí los díceres que es él que se encarga de conchavarle muchachas a don Pedro. De la que nos escapamos»: §26,57.

«Esa mujer que vino ayer a llorar aquí alegando que el hijo de usted le había matado a su marido, estaba de a tiro desconsolada»: §38,83.

«Ya hasta perdí la cuenta. Fueron retেমuchas»: §41,95.

«No nos importaría darle un “entre” a los vecinos»: §61,137.

«Dales un pegue y ya verás cómo sales con centavos de este mitote»: §61,138.

«-¡Aquí tienes un cliente! ¡Alevántate!»: §69,152.

Expresividad del estilo, sobre todo mediante el uso de metáforas o verbos metafóricos:

«-Este mundo que lo aprieta a uno por todos lados, que va vaciando puños de nuestro polvo aquí y allá, deshaciéndonos en pedazos como si rociara la tierra con nuestra sangre. ¿Qué hemos hecho? ¿Por qué se nos ha podrido el alma? Tu madre decía que cuando menos nos queda la caridad de Dios»: §46,108.

Son palabras de Bartolomé San Juan a su hija Susana cuando ésta parece poner en duda que sea hija de él.

«No dejes que se te apague el corazón»: §51,118 —Frase que se dice a sí misma Susana Bartolomé.

«Carretas vacías remoliendo el silencio de las calles»: §30, 61.

Frase sonora, cargada de ritmo y de aliteraciones para hacer más plástica la onomatopeya.

Relato lleno viveza, agilidad.

Juan Preciado, en la ultratumba, narra con soltura a Dorotea su muerte, en medio del misterio de Comala (cf. §37,74-77).

Dorotea, por su parte, le contesta con el relato de la suya y sus sueños (cf. §37,77-79).

Susana cuenta, desde su tumba, el velatorio de su madre (cf. §42,97-100. Arriba n.3: Personajes: Susana San Juan).

El conjunto del estilo de Rulfo deja estelas de lirismo, sugerencia, encanto y hechizo en su cuidada prosa poética. El lector se olvida, en ocasiones, de que está leyendo prosa, pues se encuentra levantado en el halo de la poesía lírica.

Pocos escritores de habla española del siglo XX han logrado, en prosa tan ajustada, este delicado manejo de los sentimientos con tal sencillez y fresca belleza. La cuerda tenue de ese lirismo en la prosa lo han pulsado pocos, en el siglo pasado, con el acierto de Rulfo. Se me ocurre ahora pensar particularmente en tres: Juan Ramón Jiménez, José Martínez Ruiz «Azorín» y Gabriel Miró. Aunque este último con cierta afectación y preciosismo; desde luego, sin el encanto y frescura de su paisano Azorín ni, menos aún, el de Juan Rulfo.

Obsérvese la sensibilidad y perfección de la referida narración en que Susana recuerda a Justina la muerte, el velatorio y el entierro de su madre.

En febrero, cuando las mañanas estaban llenas de viento, de gorriones y de luz azul. Me acuerdo. Mi madre murió entonces. Que yo debía haber gritado: que mis manos tenían que haberse hecho pedazos estrujando su desesperación. Así hubieras tú querido que fuera. ¿Pero acaso no era alegre aquella mañana? Por la puerta abierta entraba el aire, quebrando las guías de la yedra. En mis piernas comenzaba a crecer el vello entre las venas, y mis manos temblaban tibias al tocar mis senos. Los gorriones jugaban. En las lomas se mecían las espigas. Me dio lástima que ella ya no volviera a ver el juego del viento en los jazmines; que cerrara sus ojos a la luz de los días. ¿Pero por qué iba a llorar?

¿Te acuerdas, Justina? Acomodaste las sillas a lo largo del corredor para que la gente que viniera a verla esperara su turno. Estuvieron vacías. Y mi madre sola, en medio de los cirios; su cara pálida y sus dientes blancos asomándose apenas entre sus labios morados, endurecidos por la amoratada muerte. Sus pestañas ya quietas; quieto ya su corazón. Tú y yo allí, rezando rezos interminables, sin que ella oyera nada sin que tú y yo oyéramos.

mos nada, todo perdido en la sonoridad del viento debajo de la noche. Planchaste su vestido negro, almidonando el cuello y el puño de sus mangas para que sus manos se vieran nuevas, cruzadas sobre su pecho muerto, su viejo pecho amoroso sobre el que dormí en un tiempo y que me dio de comer y que palpitó para arrullar mis sueños. Nadie vino a verla. Así estuvo mejor. La muerte no se reparte como si fuera un bien. Nadie anda en busca de tristezas. Tocaron la aldaba. Tú saliste [...].

Y cuando ellos se fueron, te arrodillaste en el lugar donde había quedado su cara y besaste la tierra y podrías haber abierto un agujero, si yo no te hubiera dicho: “Vámonos, Justina, ella está en otra parte, aquí no hay más que una cosa muerta.”: §42, 98-100.

5. Significado: de la mexicanidad a la hispanoamericanidad y a la universalidad

Ciento cincuenta y nueve páginas. Y, en tal concisión, itanta belleza y, a la par, un significado tan alto!

Sucede frecuentemente que, en obras señeras de la literatura, a veces sus creadores no alcanzan a descubrir toda la dimensión de su significado; tampoco la variedad de interpretaciones que se puedan dar a sus páginas en el futuro; y mucho menos la permanencia o fecha de caducidad de sus páginas de cara a la posteridad o a eso que llamamos *obra clásica*. A Juan Rulfo le sucedió algo de esto. Lo confesó en la referida entrevista⁷: Silvia FUENTES: «Yo me pregunto qué es el mundo de Pedro Páramo: ¿el mundo de los muertos o el infierno?» Juan RULFO: «Pues, no te sabría decir exactamente qué es. Tiene tantas interpretaciones que a veces yo encuentro otras cosas que no había descubierto al principio».

A Rulfo le ha pasado lo que a los clásicos: sus criaturas —títulos, protagonistas...— han igualado e incluso nublado el nombre de sus creadores. ¿Se recuerda más la *Ilíada* que a Homero; a Don Quijote, que a Cervantes? Parece que sí. Y *Pedro Páramo* va en camino de levantarse sobre el nombre de Juan Rulfo. Esto es como decir que camina hacia convertirse en un clásico.

Trataremos de repasar algunas de las interpretaciones o dimensiones de esa novelita.

⁷ *Op. cit.*, 473.

a) La mexicanidad de Pedro Páramo

Pedro Páramo recoge el alma de México. Recorro ahora algunos pliegues de esa alma. Es verdad que el autor se centra en un poblado del estado de Jalisco, y en los años de la Revolución Mexicana. Pero ese cuadro sigue teniendo considerable validez como radiografía de México, con las oportunas salvedades después del siglo que va de la Revolución Mexicana a hoy o, incluso, después de sesenta años que cumple ya la novela.

Muerte y vida

La difícil separación de muerte y vida que se observa en la novela, se da también en la tradición de México incluso hoy. Quien ha vivido en estas tierras el día de muertos lo sabe: la gente, sobre todo sencilla, esa de las Comalpas que todavía existen por doquier, acuden al cementerio y, sobre la losa de su «muertito» —como lo llaman con delicioso diminutivo— ponen la comida que han traído, con el platillo que al difunto le gustaba, y ahí, sobre la losa o sobre la tierra —si ni losa han podido poner al fallecido—, se lo comen, teniéndolo a él casi de comensal, a modo de «invitado de piedra».

Pocos pueblos, quizá ninguno, habrá que jueguen tanto en vida con la muerte: más de veinte nombres para designar la muerte: pelona, calaca, la flaca, la huesuda..., y algunos otros apodos rayanos en lo grosero o hundidos plenamente en ello. Altares de muertos que se levantan el 2 de noviembre, dulces de ese día: calaveras de azúcar, esqueletos, huesos que se comen... Incluso desde hace años se da el culto a la Santa Muerte, una especie de religión que considera a la muerte como diosa. Un surrealismo viviente, por si quedaban dudas.

Este despliegue de ironía hacia la muerte es la manera de cobrarse por adelantado una venganza, si bien efímera, de la que saben invencible: la muerte, a la vuelta de la esquina última, triunfará y marcará su ley a todos. También en otros ámbitos el mexicano se venga, con bromas, chistes o juegos de palabras, de las personas o hechos que no puede superar, en el orden que sea: el político —chistes abundantes sobre los dirigentes o los partidos—, el económico —ante las no pocas crisis que han flagelado al país— y el cultural —ironías y chistes hacia los vecinos del norte: los, a la par, admirados, imitados, y denostados «gringos». Sabe el mexicano que, se trate de la muerte, de los reveses naturales, de la corrupción o de otros factores, lleva las de perder, pero con la venganza de la ironía descansa, se desahoga y comparte con el vecino; incluso, casi termina dándose las de vencedor en lugar de derrotado. Se puede aplicar a los mexicanos, con las debidas sal-

vedades, las palabras de Cicerón cuando retrataba a los habitantes de Sicilia, extorsionados por el sinvergüenza de Cayo Verres: «Nunca les va tan mal a los sicilianos, como para que no tengan alguna salida chistosa y simpática»⁸.

Con lo dicho, no extraña en la novela de Rulfo lo relativas que son la muerte y la vida, y las borrosas fronteras de ambas, cuando todo eso se observa espontáneamente en la vida de México; del México profundo, sobre todo.

Hablar de vida y muerte, tan inextricablemente unidas, es hablar de lo real y lo imaginario, también fundidos en las páginas de Rulfo. Con frecuencia, los muertos — o que así lo parecen— cobran más vitalidad que los vivos, si es que éstos son tales. Basta aludir a las conversaciones o pláticas —bella palabra del castellano antiguo conservada aún en México e Hispanoamérica— que tejen los muertos entre sí. Recuérdese la plática de Dorotea con Juan Preciado (cf. §37,74-79), interrumpida con estas palabras: «— Siento como si alguien caminara sobre nosotros. Ya déjate de miedos. Nadie te puede dar ya miedo. Haz por pensar en cosas agradables, porque vamos a estar mucho tiempo enterrados» (§37,79). ¡Entre lo macabro y lo cómico, a no dudar!

O la de Susana con Justina (cf. §42,97-98), vecina en la tumba como antes en la vida. En cambio, los vivos —o que lo parecen— son en sí ya cadáveres: basta aludir a la nauseabunda y podrida Dorotea, de cuerpo «hecho de tierra, envuelto en costras de tierra» (§36,74) que se iba desbaratando.

En buena medida, los vivos son máscaras que se mueven, pero los seres reales desenmascarados son los que yacen bajo las losas de los sepulcros. Y qué importancia tiene la máscara en la danza y en las andanzas del mexicano. Escribe Octavio Paz: «El mexicano se esconde bajo muchas máscaras, que luego arroja un día de fiesta o de duelo, del mismo modo que la nación ha desgarrado todas las formas que la asfixiaban»⁹.

En el horizonte de los personajes rulfianos, los muertos en realidad continúan una vida paralela a la anterior. Así que no hay, como en la *Odisea*¹⁰ o en la *Eneida*¹¹ un Hades de almas que parecen sombras y han per-

⁸ M.T. CICERÓN, *Sobre las estatuas*, n. 95.

⁹ *El laberinto de la soledad*, cap. 8: Nuestros días.

¹⁰ Cf. HOMERO, *Odisea*, canto XI.

¹¹ Cf. VIRGILIO, *Eneida*, canto VI.

dido esencias de su humanidad, sino de mujeres y hombres que, en realidad, siguen viviendo y hablando, aunque en las tumbas.

En esos escondrijos, con la común plática, los muertos encuentran la respuesta a no pocos enigmas de su vida. En el subsuelo, Juan Preciado se entera no sólo de las circunstancias de su muerte, sino de la razón de la misma —la ilusión de querer dar con su padre—. Y es Dorotea quien se lo cuenta (cf. §37,67).

O sabemos también, por los comentarios de varias sepultadas, que la vida de Susana San Juan, que podría antojarse feliz como amante querida del cacique, fue una existencia desdichada, como la de las otras amantes (cf. §63,143). También, en la tumba, comenta con Justina, los detalles de la muerte de su madre (§42, 98-100).

Un verdadero patio de vecindario, pero en el subsuelo.

Esas pláticas entre muertos nos trasladan a tópicos recogidos en la literatura antigua como el *Diálogo de los muertos* de Luciano de Samosata o *Los Sueños*, de Francisco de Quevedo, si bien Rulfo no carga de ironía, como ellos, sino de fuerza existencial, las conversaciones de sus personajes subterráneos.

Pero quizá la vida de Comala, sin fronteras entre vida y muerte, sea también una conexión y prolongación con el mundo mitológico y escatológico de los pueblos de los antepasados que vivieron en México, caracterizados por el ciclo del eterno retorno¹²: la vida alimenta la muerte; y ésta se anima con la vida.

La soledad

Comala, la verdadera, es soledad y desolación. Pero evoca a sus moradores o exmoradores, sobre todo a Dolores, lo que un día fue o se creyó que fue.

¹² Octavio PAZ lo describe en estos términos: «Para los antiguos mexicanos la oposición entre muerte y vida no era tan absoluta como para nosotros. La vida se prolongaba en la muerte. Y a la inversa. La muerte no era el fin natural de la vida, sino fase de un ciclo infinito. Vida, muerte y resurrección eran estadios de un proceso cósmico, que se repetía insaciable. La vida no tenía función más alta que desembocar en la muerte, su contrario y complemento; y la muerte, a su vez, no era un fin en sí; el hombre alimentaba con su muerte la voracidad de la vida, siempre insatisfecha» (O. PAZ, *El laberinto de la soledad*, cap. 3: Todos santos, día de muertos).

Es otra metáfora de México: un México que tuvo un pasado precolombino con un anverso esplendoroso en lo mejor de sus civilizaciones azteca y maya, sobre todo, pero, en ellas mismas, con un reverso oscuro: lleno de dioses aterradores sedientos de sangre humana, cuajado de incertidumbres y de misterios, que dejaban al hombre solo y abandonado en su caminar por la vida y en el trance de la muerte.

En realidad la soledad del mexicano es un misterio, un laberinto indecifrado para propios y extraños, que Octavio Paz llamó atinadamente *El laberinto de la soledad* (1950), en su famoso ensayo que tan bien refleja la idiosincrasia mexicana.

Comala es, por eso mismo, un símil de México.

La tristeza, pesimismo y fatalismo

En Comala casi todo es triste. No hay apenas lugar para la alegría o ésta es víspera y preludio de desgracias.

Dolores, por ejemplo, se alegra de que Pedro se haya fijado en ella, sin saber la interesada que son únicamente sus ojos los que le han cautivado. Se ve dichosa al ser elegida por don Pedro. Es un presente alegre, aunque sabemos ya teñido de barruntos de un futuro infeliz.

Al repique de las campanas durante tres días, después de la muerte de Susana San Bartolomé, sigue la fiesta por parte de los venidos de otros pueblos, pero don Pedro jura vengarse de esa alegría que aumenta su dolor por Susana (cf. §66, 148-149).

Esa tristeza de muerte puede reflejar muy bien la sensación de los comalenses por los atropellos y destrucciones de la Revolución, no sólo por el cacicazgo de algunos personajes de la aldea.

Pesimismo e incluso fatalismo, como apunta Joseph Sommers¹³. Ese determinismo negativo es, no pocas veces, una losa pesada en el subconsciente del mexicano. Quizá el giro popular que mejor lo expresa es el de: «Ni modo»; que equivale a estos otros: no hay remedio; no queda más que

¹³ «La de Rulfo es en lo esencial una visión fatalista de la existencia. La estructura de la novela, juntando fragmentos de una tragedia ya preordenada, dramatiza el pesimismo cósmico de Rulfo en lo que concierne a la capacidad del hombre para controlar su propio destino, para dominarse, para alcanzar el amor o para desarrollar una moral con sentido» (J. SOMMERS, *A través de la ventana de la sepultura: Juan Rulfo*. Novelistas hispanoamericanos del hoy. Ed. Juan Loveluck, Taurus 1976, Madrid (cit. por Federico PATÁN de la Universidad Nacional Autónoma de México), *Juan Rulfo y la crítica*).

aguantar lo que venga. Y eso «que venga» o que ya está a las puertas como irremediable puede responder a variadas causas: el capricho del cacique o dictadorzuelo —como en el caso de *Pedro Páramo*—, las leyes poco justas de la autoridad, las leyes de la naturaleza, la falta de medios, o el no haberse puesto a trabajar seriamente y con previsión para evitar, en lo posible, o corregir lo negativo que pueda sobrevenir: desgracias, corrupción, abusos de poder, trapicheos..., que en el pasado ya acarreó males y pesares. El refugio fácil del «*ni modo*» puede transformarse en una justificación de la inoperancia o en el burladero irónico de un consuelo tan generalizado como estéril.

Más plumizas se ponen las cosas cuando al «*ni modo*» se añade el «*le tocó*». Con esto se acentúa el determinismo fatalista para acercarlo al catastrofismo o pesimismo casi radical.

El caciquismo

Pedro Páramo es el amo y reyezuelo de cuanto existe en Comala. Un cacique.

Vive el espíritu, aunque no conozca la letra, de la sentencia *oderint dum metuant*, tan característica de los tiranos del pasado. Esa frase de Acio en la tragedia *Atreo* (v. 203) le gustaba a Calígula repetirla y, por desgracia, llevarla a efecto. Pedro Páramo no es un Calígula, pero tiene algunas puntas de él, como dictadorzuelo de Comala.

Lo inesperado es que a ese tirano lo mate un hijastro suyo sordo y borracho, el «buen» Abundio, que además acaba de perder a su esposa (cf. §69, 151-157), precisamente porque su padrastro no colabora con los gastos para el entierro de ella.

El tópico del dictador hispanoamericano ha llenado páginas en las letras del Nuevo Mundo. Fue, con todo, *Tirano Banderas*, del gallego Ramón María del Valle-Inclán (1866-1936), quien abrió esa senda, continuada luego por escritores ya hispanoamericanos, como, entre otros, Miguel Ángel Asturias (1899-1974) en *El señor presidente* (1946); Alejo Carpentier (1904-1980): *El reino de este mundo* (1949); o Gabriel García Márquez (1928-) en *El otoño del patriarca* (1975).

La historia de México ha sido también la de caciques de alto rango o dictadores a secas: desde los emperadores aztecas, pasando por el mismo Hernán Cortés y algunos virreyes, para seguir con caudillos mexicanos como Antonio López de Santa Ana, a quien Octavio Paz califica como «uno de

los arquetipos del dictador latinoamericano»¹⁴; sin olvidarnos de los demás próceres de ese siglo XIX que Enrique Krause ha llamado *siglo de caudillos*; continuando en el siglo XX con los prohombres de la Revolución, en que el siguiente era casi siempre un cacique mayor que el precedente, amo de cuerpos, almas y tierras. Incluso ciertos nervios del cacicazgo pueden aún percibirse en ciertos próceres y líderes de algunos partidos, continuadores de los caudillos de que hablaba Krause.

Todavía sigue viva en el México de hoy la metáfora del reyezuelo Pedro Páramo, no ya en su feudo de Comala, sino en otros parajes y realidades del tejido nacional.

El machismo

Este tópico se emparenta generalmente con el caciquismo. El cacique, al creerse amo de cuerpos, se apodera de las mujeres, en las que casi no ve más que cuerpo. Es un donjuan, pero, amasado de prepotencia y, generalmente, sin el encanto del seductor. Pedro Páramo es así: arrebatador de mujeres, excepción hecha de Susana san Juan y, quizá, de Eduviges Dyada. A Susana, en efecto, la trata con más consideraciones cercanas al amor que a la pasión subyugadora.

Como contrapartida del machismo, y a veces como consecuencia, está la figura de la mujer sufrida, aguantadora de todo. Octavio Paz¹⁵ la llama, con palabra recia —incluso malsonante—, pero certera, la chingada. No es tanto ni sólo la mujer pública, sino la mujer que sufre a manos del hombre, sea esposo o no, y que, sin embargo, no acaba de querer zafarse de él, e incluso termina por desearlo y alabarlo, a pesar del maltrato. Mujer, por ende, misteriosa, indescifrable.

Esta mujer es también metáfora de la tierra de México: dominada por los especímenes de caudillos ya apuntados, y siempre sumisa.

Las mujeres que aparecen en *Pedro Páramo*, y que de una u otra manera figuran como propiedad del cacique, son generalmente así.

Sorprende, por ejemplo, que Dolores Preciado deje a su hijo estas señas y estas exigencias para don Pedro: «No vayas a pedirle nada. Exígele lo nuestro. Lo que estuvo obligado a darme y nunca me dio... El olvido en que nos tuvo, mi hijo, cóbraselo caro»: §1,7; o se refleje su odio hacia su

¹⁴ Cf. O. PAZ, Octavio, *El laberinto de la soledad*, cap. 6: De la Independencia a la Revolución.

¹⁵ Cf. *Ib.*, cap. 4: Los hijos de la Malinche.

amante: «Ella siempre odió a Pedro Páramo» (§9, 26), cuando años antes, a la embajada de don Fulgor Sedano para comunicarle que don Pedro sólo pensaba en ella, la futura madre de Juan reaccionó con el gozo de sentirse —en su opinión— más querida que ninguna mujer de Comala por el hombre más importante que ella conocía: «¡Qué felicidad! ¡Oh, qué felicidad! Gracias, Dios mío por darme a don Pedro.» Y añadió —como ya hemos recordado—: “Aunque después me aborrezca”: §22,52.

Con el tiempo, sabría lo que iba a entrañar esta última coletilla, que se cumpliría cabalmente poco después de casados. Al amor sucedió el odio, porque, salvo en ese momento tras el anuncio de Fulgor, «siempre odió a Pedro Páramo»: §9,26.

Significativo también el *no-pero-sí* de Damiana Cisneros hacia don Pedro. Ve ella que el patrón acecha por la noche a Margarita, la criada de casa, y luego don Pedro quiere acercarse a ella misma. Al decirle que ya está dormida, el cacique desiste. Y la volubilidad, atizada por la vanidad, irrumpe en el escenario: a la noche siguiente ella está preparada, desnuda, con la puerta entornada. «Pero Pedro Páramo jamás regresó con ella»: §60,136.

Años más tarde, ya vieja, Damiana evoca aquella noche y lamenta la aparente negativa que dio cuando era solicitada: «Y se acostó pensando en lo feliz que sería a estas horas la chacha Margarita»: §60,136.

Estas cuatro características comentadas las recogía también, cuatro años antes, junto con algunas más, otro analizador profundo del alma mexicana, Octavio Paz, en su mencionado ensayo *El laberinto de la soledad*. No es atrevido afirmar que *Pedro Páramo* es, en cierta medida, el *laberinto de la soledad* personificado por los vivos y los muertos de Comala.

b) Hispanoamericanidad y universalidad

Si bien es verdad que esos tópicos Juan Rulfo los aplica a los habitantes de Comala y a los poblados de su Jalisco natal, hay que apuntar que rebasan el alma mexicana y reflejan en líneas generales la idiosincrasia hispanoamericana. Y no sólo en la nota del caciquismo ya cotejada en otros escritores de América, también en las otras: tristezas, soledades, machismo... Por eso la Comala de Rulfo inspirará el ya también mitológico Macondo de Gabriel García Márquez en *Cien años de soledad*. García Márquez confesaba el impacto que le produjo la novela del mexicano: «Aquella noche no puede dormir mientras no terminé la segunda lectura»¹⁶.

¹⁶ V. TUSÓN - F. LÁZARO, *Literatura del siglo XX*, Anaya, Salamanca 1989, 467.

Pero, además, la cosmovisión rulfiana puede desbordarse y salir del continente americano para elevarse a universal, porque hay muchas Comalas por doquier, incluso en los países más desarrollados. ¿Dónde se han extirpado totalmente los abusos de poder, la corrupción o el machismo? Se sigue hablando de malos tratos a las mujeres o de «violencia de género», que llaman ahora. Siguen imperando la soledad y la aflicción, sobre todo en las zonas de incultura, de pobreza o de escasos recursos, que se dan hasta en los suburbios de las ciudades más adelantadas.

La novela de Juan Rulfo encierra, por eso, un contenido humano actual; de ahí su proyección universal. Lo atestiguan sus ediciones en lenguas de mundos culturales tan distintos del mexicano o iberoamericano.

Además, el autor fue el primero que se aventuró por el mundo del realismo mágico o fantástico ambientado en la cultura hispanoamericana. En el caso de Juan Rulfo y de su literatura, yo lo llamaría, simplemente, surrealismo mexicano.

La densidad del humanismo rulfiano, la belleza de su expresión y la condición pionera de tal surrealismo han logrado la permanencia de su éxito.

Pedro Páramo fue un superventas a los pocos años de su nacimiento. Pero sobre todo hoy, cuando cumple ya sesenta años y se contempla con más perspectiva e imparcialidad su valía, está considerada como una de las mejores novelas del siglo XX y se ha abierto lugar entre las mejores de la literatura española¹⁷ de todos los tiempos.

¹⁷ El diario *El Mundo* la incluyó en 2001 entre las cien mejores novelas de habla castellana. Si esa cifra se redujera a la cuarta parte, es de creer que la novela de Juan Rulfo tendría que estar incluida en ella.